

## ANA Y FABIÁN

Un año más, el conserje ha colocado el árbol de navidad en el portal. Algunos vecinos, ni lo miran. Otros se quejan del gasto inútil de luz. Pero yo creo, que a la gran mayoría nos conmueve su presencia. La comunidad parece una gran familia, incluso con los morosos y con los que fuman en el ascensor.

Con Ana y con Fabián es diferente, nuestra relación es sincera y cercana todo el año. El azar ha querido que seamos tres seres solitarios que vivimos en el mismo rellano. Con frecuencia coincidimos en el ascensor y poco a poco, en nuestras subidas y bajadas, nos hemos ido contando parte de nuestras vidas.

Ana, andará por los cincuenta, es profesora de educación especial y desde que se separó del marido, hace ya un par de años, está imponente. Cuando la miro, mi fantasía vuela. A veces, voy a pedirle sal, sólo por el morbo de verla en bata. Me gustaría invitarla a mi casa a tomar un café o una infusión; pero me contengo. Una vez me dijo que le recordaba a su hijo y su mirada maternal fue para mí un jarro de agua fría; por eso no me cae bien el pobre chaval; es militar y se deja ver poco por Madrid; ahora creo que anda por Afganistán.

Fabián es soltero, conocido en el barrio porque lleva mucho tiempo trabajando de auxiliar en la farmacia de la esquina. Es un tío excelente. A mí me cae muy bien. Su edad debe andar a mitad de camino entre la de Ana y la mía. Un día le vi en su cartera una foto vieja, en blanco y negro, de una chica adolescente. Cuando le pregunté que quién era, se le empañaron los ojos y superándose me dijo que era una triste historia que ya me contaría. Aunque lo disimula, está claro que Fabián necesita una mujer y como podéis suponer, también anda prendado de Ana. Con la diferencia de que él, sí le ha tirado los tejos en más de una ocasión.

Ayer cuando lo vi en el supermercado estaba pletórico. Con vehemencia me contó que Ana le había invitado a cenar para Nochebuena, con la condición, eso sí, de que él llevara los postres. Había copiado una receta de Internet y me agradeció enormemente que le ayudara a buscar los ingredientes por las estanterías.

–Esto es el principio de una nueva vida, vecino –me dijo guiñándome un ojo.

No pude evitar sentir envidia sana y me alegré por la suerte de Fabián.

–Que todo salga bien y feliz navidad –le dije cuando nos despedimos.

Eran ya más de las diez de la noche, cuando me disponía a irme a cenar, como todos los años, a casa de mi hermana. Daba por hecho que mis vecinos del alma, ya

estarían juntos, por eso me extrañó ver luz en el piso de Fabián. Pulsé el timbre y al segundo, me abrió. Tenía un ramo de rosas en la mano que por supuesto no era para mí.

–Ah, eres tú. Creía que era Ana. Había quedado en llamarme cuando estuviera lista. Me dijo que se pondría guapa y me llamaría; pero fíjate la hora que es... y nada.

–Hace más de una hora, se ha oído su puerta, pensaba que eras tú –le respondí.

–Sí ha entrado alguien, yo también he oído el portazo y quien sea sigue ahí con ella. Debe ser su marido. Ese desgraciado no le hace caso en todo el año y esta noche aparece para comerse el manjar que Ana había preparado para mí. Qué mala suerte tengo, qué mala suerte...

–Aún no es tarde, hombre. Tal vez se vaya pronto y os quede tiempo para vosotros.

–Qué más quisiera yo; pero estoy seguro que ése se acuesta con ella esta noche. Tú vete con los tuyos y no te preocupes por mí, que yo estoy acostumbrado a pasar solo las Nochebuenas. Toma, llévate estos postres, seguro que a tus sobrinos les gusta. Yo me voy a la cama ahora mismo, me aburre la televisión y no me apetece comer nada.

Me dolió dejar a Fabián en tal estado y se me revolieron las tripas al imaginar que Ana estaba cenando, tan feliz, con el inoportuno de su ex-marido.

Esta mañana, he vuelto a ver Fabián, incomprensiblemente ya había recobrado la alegría. Había perdonado a Ana porque la invitación seguía en pie para Nochevieja. A su hijo sólo le habían dado, por sorpresa, cinco días de vacaciones.

Juan Santos Santos